El marco de las bisagras izquierdas

Por Shyvirelle

La primera vez que Mateo vio la puerta, estaba apoyada contra la pared del taller con la cerradura hacia arriba. Tenía pintura azul bajo tres capas de barniz y una raya blanca en el canto, a la altura de la mano de un niño. No era una pieza valiosa. La mujer que la había llevado, en cambio, vigilaba cada movimiento como si se tratara de una reliquia.

—Quiero las bisagras a la izquierda —dijo.

Mateo señaló los huecos del canto derecho.

—Los huecos que se ven ahora están aquí. Cambiarlas significa volver a rebajar la madera y tapar estos huecos.

—Lo sé. Mi padre la puso así cuando vivíamos en la calle Olmos. Desde que derribaron el edificio no la soporto del mismo lado.

Se llamaba Clara. Había rescatado la puerta antes de que las máquinas aplastaran el último piso. Ahora deseaba instalarla entre el recibidor y una habitación de su casa. No dijo por qué la necesitaba allí. Pagó la mitad y dejó un papel con las medidas del marco.

Mateo trabajaba con puertas que debían abrir, cerrar y quedarse quietas. Le inquietaba que Clara hablara de aquella como de alguien que podía escucharla.

Al desmontar las bisagras encontró un número grabado en la cara oculta de la inferior: 4. Bajo la superior había un nombre, casi borrado: **INTERIOR**. Pensó que el carpintero original habría marcado la orientación. Reabrió los rebajes del lado izquierdo, disimulados con pasta, y tapó los del derecho con madera del mismo tono.

El día de la instalación, Clara lo condujo a una habitación pequeña de paredes color crema. Desde el recibidor se veía el escritorio junto a la ventana. Mateo colocó la hoja en el marco, comprobó la holgura y abrió desde el recibidor. La puerta giró hacia dentro con suavidad. Detrás seguía el escritorio.

—Perfecto —dijo.

Entró en la habitación para ajustar la placa de la cerradura. Cuando quiso volver al recibidor, abrió la puerta hacia fuera y dio un paso. Pisó otra vez la alfombra de la habitación. A su espalda estaba la ventana. Ante él, el escritorio.

No se había equivocado de dirección. La hoja seguía abierta y, por su hueco, se veía el recibidor con el perchero. Mateo retrocedió, cerró, respiró hondo y probó de nuevo. Cruzó el umbral. Volvió a pisar la alfombra.

Clara, que lo observaba desde el recibidor, no mostró sorpresa.

—¿A usted también le ha pasado?

Mateo le pidió que permaneciera donde estaba. Desde el recibidor pudo entrar y salir con normalidad cuando él mismo conservaba la mano en el lado de fuera. Pero una vez que cerraba la puerta estando dentro, la vuelta lo depositaba dentro de nuevo. La madera parecía recordar solo una dirección para los que se quedaban a solas con ella.

—Antes estaba peor —murmuró Clara—. Se oían pasos en un piso que no existe.

Mateo retiró la hoja del marco. El paso quedó libre: podía cruzarse en ambos sentidos. La montó otra vez y la habitación recuperó su extraña costumbre.

—Esto no es un problema de las bisagras —dijo.

—Sin embargo, cada vez que alguien las cambia aparece otro cuarto.

Clara abrió un cajón y sacó una fotografía del edificio demolido: un corredor estrecho, cuatro puertas de departamentos, una escalera al fondo. Su padre había vivido detrás de la cuarta.

—Primero la dejamos a la derecha, como estaba. Cuando un amigo pasó las bisagras a la izquierda, el cuarto empezó a repetirse. Al devolverlas a la derecha vi, detrás de la ventana, un pasillo que no pertenece a mi casa. Usted acaba de hacer el tercer cambio.

La ventana estaba donde debía. Mateo se acercó y miró. Entre el vidrio y el patio había aparecido una franja de baldosas verdes. A lo lejos, una puerta numerada con un tres. Clara reconoció el mosaico de la escalera de su infancia.

Mateo hizo un dibujo: recibidor, puerta, habitación, ventana. Anotó una regla provisional. **Desde fuera se entra; desde dentro se vuelve al mismo cuarto.** Cada inversión de las bisagras añadía un espacio del antiguo edificio, visible más allá de algún límite de la habitación. No eran habitaciones de la casa actual: detrás del vidrio seguía existiendo el patio normal para quien mirara desde fuera.

—¿Por qué me ha pedido otra inversión si sabía esto? —preguntó.

Clara no contestó hasta que la voz empezó.

Vino del marco, no del pasillo. Al principio parecía una discusión escuchada a través de una pared. Luego Mateo distinguió la voz de una niña: «No pienso oírte». La frase se repitió, más grave, convertida en la de una joven: «No vuelvas a explicármelo». Después, casi sin aire: «No quiero que termines».

Clara apretó la fotografía con ambas manos.

—Yo decía eso. Mi padre siempre empezaba por «Clara, escucha». Y yo lo interrumpía.

No había fallecido en el edificio. Había muerto años después, cuando ambos vivían ya en casas distintas. En el hospital, poco antes de irse, él le pidió que se acercara. Ella creyó que iba a ofrecerle otra explicación de su ausencia durante tantos años. Le dio la espalda. No supo qué había querido decirle.

—Recuperé la puerta porque pensé que guardaba el lugar donde podíamos hablar sin pelearnos —confesó—. La primera vez que oí su voz me quedé aquí toda una noche. Pero siempre terminaba oyéndome a mí.

En el pasillo imposible se encendió una luz. Una sombra cruzó detrás de la puerta marcada con el tres. No intentó acercarse.

—Podemos dejarla desmontada —propuso Mateo—. Eso al menos sabemos que funciona.

—Si la desmontamos, ¿desaparecerá su voz?

Mateo no podía prometerle nada. Le enseñó el marco vacío cuando levantó la hoja apenas unos centímetros. En cuanto los pernios dejaron de cargar el peso, la línea de baldosas verdes se borró. También cesó la discusión. Clara dio un paso hacia el hueco libre y retrocedió.

—Espere. La última frase no era mía.

Por primera vez escucharon algo distinto: una voz ronca, cansada, que llegaba de la madera apoyada en el suelo y no de los cuartos añadidos.

«No vengo a pedirte que olvides lo que hice».

Clara miró el suelo. Mateo mantuvo la hoja en equilibrio, sin volver a montarla.

«Quería decirte que me dio miedo volver. Eso no arregla los años, pero es la verdad que te debía».

La voz hizo una pausa, como alguien que necesitara recobrar el aliento.

«No tienes que contestarme hoy».

Clara cerró los ojos. No avanzó hacia la puerta, no buscó un cuerpo al otro lado. Permaneció junto al marco vacío y escuchó hasta que la madera quedó en silencio. Después se sentó en la alfombra, al lado del escritorio, y lloró sin cubrirse la cara.

Mateo dejó la hoja contra una pared. Nada en la casa se movió. El pasillo no regresó. Desde la habitación se veía el recibidor y, a través de la ventana, solo el patio.

—Me cobrarán la reparación completa, supongo —dijo Clara al cabo de un rato.

—El trabajo está hecho. Si decide usarla, yo no puedo garantizar hacia dónde abrirá.

—Entonces no la cuelgue. Quiero conservarla, pero no necesito volver a entrar.

Mateo recogió las herramientas y las bisagras viejas. Una había quedado en el banco portátil, separada de la hoja. Era la pieza inferior, la que tenía el número cuatro en la cara oculta. La guardó para mostrársela a su proveedor, o eso se dijo.

En el ascensor, mientras bajaba, oyó un golpecito desde su caja de herramientas. La tapa estaba cerrada. Volvió a sonar: dos golpes cortos y uno largo, el ritmo con que su madre llamaba a la puerta cuando llegaba tarde del trabajo.

Mateo no había contado a Clara que también había una frase que nunca quiso escuchar. Su madre murió el invierno anterior y él todavía guardaba, sin reproducir, el último mensaje de voz que le dejó.

La bisagra se enfrió bajo sus dedos. Muy cerca de su oído, con una voz que no podía venir del ascensor, alguien pronunció su nombre.

—Mateo.

El ascensor llegó a la planta baja. Él no abrió la caja. Antes de salir, sacó el teléfono del bolsillo y buscó aquel mensaje que llevaba meses evitando. Esta vez, al menos, el dedo no se detuvo sobre el botón de reproducción.